

GASTARBEITER

*Sind Christ und Jude eber Christ
und Jude als Mensch? **

G. E. LESSING

Muralla.

El pueblo alemán no cuenta con hombres suficientes para satisfacer de mano de obra a su desarrollada industria. Se acerca al millón el número de turcos, italianos y españoles que en la República Federal trabajan. Es una cantidad considerable: esta enorme masa humana ya se hace notar en la vida de la Alemania actual.

No es éste el único país que percibe infiltración de la exótica población meridional; también Francia, Bélgica y Suiza se llenan de hombres del sur. En Suiza se les llama *Fremdarbeiter*, «trabajadores extranjeros», como para echarles en cara su condición de seres que no pertenecen a la sociedad helvética. Alemania les ha dado un nombre más acogedor: *Gastarbeiter*, «trabajadores huéspedes» o «trabajadores convidados». El gobierno de Bonn se ha propuesto lograr, desde un principio, que estos hombres se sientan a gusto en Alemania, que no sólo tengan aquí su hogar, sino también periódicos, cine y programas de radio en sus lenguas nativas; en una palabra, que no se encuentren en inferioridad de condiciones con respecto a sus colegas alemanes.

Hay quien pretende que se tenga paciencia y comprensión ante las estridentes actitudes propias de la temperamental mentalidad mediterránea. Sin embargo, al pueblo alemán le resulta difícil permanecer indiferente ante cualquier gesto que se salga de lo corriente o que no haya sido

^a ¿Son el cristiano y el judío antes cristiano
y judío que seres humanos?

previsto. Y el *Gastarbeiter* improvisa a todas horas su vida y manifiesta ruidosamente su vivir. Con el transcurso del tiempo se ha ido levantando una muralla que separa al *Gastarbeiter* del alemán. Ser un *Gastarbeiter* es ser algo inferior; aunque la oficialidad y la prensa pretendan disimularlo, cada alemán lleva dentro de sí este convencimiento.

Se le nota en el tono que toman sus conversaciones cuando trata en ellas el delicado tema de la mano de obra extranjera: aprecia mucho su efectividad, pero detesta todo indicio que refleje la falta del sentido cívico. Se le nota también en su mirada seria, en su cara impenetrable, cuando irrumpe en las cercanías el bullicioso jolgorio de un grupo de turcos, italianos o españoles.

Muchos creen que la discriminación racial en los Estados Unidos de América, el poco valor que se da al negro como ciudadano, es un problema que se puede resolver estableciendo una ley de igualdad de derechos. Sin embargo, no es esto sólo. Un gran sector de la población blanca americana ha heredado un repudio hacia el negro que no se combate fácilmente con decretos: es un repudio tradicional, ancestral. Tal realidad juega en la discriminación racial un papel más considerable que la misma cuestión de los derechos: la desigualdad social no es sino una consecuencia del repudio mismo.

El alemán de la calle critica y se burla hoy de la existencia de este problema humano. No obstante, su actitud ante el *Gastarbeiter* no denota otra cosa que la sombra de un repudio parecido al que existe en América. Un repudio pasivo y no heredado, desde luego; pero repudio al fin. Hay aquí bares, por ejemplo, donde no se admite la presencia del *Gastarbeiter*: he aquí un caso de limitación de derechos que acusa la presencia del repudio dicho. El cual no parece ser propiamente racial, sino que tiene su origen en las enojosas costumbres de los hombres del sur; hombres que sueltan enormes escupitajos en plena calle, que tiran al suelo los papeles grasientos con que envuelven su comida, que comen en el metro y en el tranvía haciendo ruido con la boca, que conversan con la boca llena de comida, que hablan y se ríen gritando y gesticulando en todas partes...

Los *Gastarbeiter* no captan por lo general enseñanza

alguna a través de los medios que el gobierno alemán pone a su alcance, ni aprenden del ejemplar orden cívico alemán. Son aves de paso que llegan hoy y se van dentro de dos, tres o cuatro años. No parece que quieran integrarse a una sociedad ordenada. Aparentemente es lógica la actitud alemana de desaprobación ante este individualismo incontrolable.

A pesar de ello, la lógica no es siempre el medio más indicado para juzgar los errores humanos. ¿No es ya de por sí triste la tragedia de estos hombres? ¿No se tienen siquiera ganado, por los sufrimientos que de su involuntaria condición proceden, el derecho a escupir y a gritar? ¿Han de soportar aún el látigo de una educación severa, han de perder el natural don de su libertad sucia para ganarse la seca sonrisa de los rubios alemanes?

¿Es realmente tan difícil amar a unos semejantes que carecen del sentido de la delicadeza?

Canción.

Han transcurrido ya dos años desde que entré en contacto por primera vez con trabajadores españoles emigrantes. Fue en mi primer viaje a Alemania, en el autobús que me traía desde Barcelona. Entre las satisfechas caras de turistas sonrosados que regresaban a sus casas, se movían inquietas con los ojos muy abiertos de curiosidad y timidez, las cabezas morenas de dos recios mocetones: el uno pescador de las playas de Málaga y el otro, algo enjuto de rostro, labrador de las montañas de Mallorca.

Sostuve con ellos algunas conversaciones, para entretener las horas muertas del viaje. Supe que el primero quería enrolarse en una industria pesquera de Hamburgo, a donde ambos se dirigían, y el segundo trabajar allí de camarero.

Descansamos la primera noche en Lyon y la siguiente en un pequeño pueblo de la Selva Negra, cuyo nombre he olvidado. El hotel de la Selva Negra carecía de habitaciones individuales. Nuestro chófer y guía, un alemán flaco, maleducado y con falta de cortarse el cabello, nos metió a los dos españoles y a mí, con malos modos, en una fría

habitación de tres camas. Me alegré de tener ocasión de charlar un poco más con mis dos compañeros; pero me desagradaron las mañas del chófer para con nosotros: su actitud dictatorial y su mirada ruin me produjeron la impresión de ser tratado por un auténtico racista. Con este mal pensamiento me fuí a la cama la primera noche de estancia en Alemania.

Hablamos largo rato en la oscuridad. Les pedí que me contaran de su tierra. El malagueño no tenía nada que contar y pronto dejó oír sus largos ronquidos. El mallorquín hablaba muy mal el castellano; a veces le faltaban las palabras. Tenía yo que esforzarme cuanto podía para captar los conceptos que se escondían tras su mal edificada gramática y el oscuro acento de su lenguaje.

Me habló de sus montañas, de su sol, de sus campos. Me contó de las fiestas populares en su pueblo, de las danzas y del penetrante son de las chirimías. Se le arrancaba el alma al pensar en todo aquello que la necesidad le obligaba a abandonar. ¡Con qué amor tan simple me habló de sus faenas de la arada y de la trilla! ¿Con qué ánimos pretendía este hombre ser camarero?

Le rogué que tarareara el canto que durante la trilla dedican en su tierra a las mulas que trabajan. Guardó silencio un momento y luego, sin disculpar a su gangosa voz, comenzó a cantar la canción, acompañado tan sólo por el pausado roncar del malagueño. Era un canto muy melismático y triste. Su melodía comenzaba en las alturas de un trino agudo e iba descendiendo lentamente, por muy adornados grados, hasta terminar en el grave tono de una nota larga, persuasiva... *En la oscuridad de la noche impresionaba aquel primitivo canto. No parecía cierto que un hombre de mentalidad tan sencilla fuera capaz de expresarse musicalmente con tan embrujadora dinámica. Él vivió su canción lleno de nostalgia: su trilla, su tierra, su sol, sus mulas. Cuando hubo terminado quedó sumido en un lánguido trance de sopor, de amargo silencio...*

Palabras

Mis encuentros en Alemania con *Gastarbeiter* españoles han sido luego frecuentes. Hace pocas semanas, por ejemplo, al regresar en el tren de una corta visita a París, se vio mi vagón invadido por un numeroso grupo de gallegos y castellanos. Venían cargados de paquetes pequeños, de comida para el viaje y de proyectos para el futuro.

La mayoría eran hombres maduros, con caras serias y miradas profundas. Vestían mal y algunos apestaban a diablos. Me acerqué a charlar un momento con ellos. Les ofrecí mi ayuda, por si tenían alguna dificultad al llegar a Alemania. Ellos se creyeron obligados a corresponderme con cigarrillos y con un pedazo de chorizo, que traían envuelto en un manoseado papel de periódico...

Al entrar en Alemania pasó un funcionario del tren por nuestro vagón, repartiendo unas tarjetas grandes que había que rellenar. El formulario estaba en alemán, francés e inglés. Uno de los gallegos se acercó a pedirme ayuda y, antes de que pudiera prestársela, vino otro y otro y luego otro.

—A ver: los que quieran que les ayude a llenar el formulario que se pongan ahí, todos en fila, con el lápiz preparado para escribir.

Se dispusieron ordenadamente en el pasillo del vagón. Me miraban atentamente, con los ojos bien abiertos y un lápiz o bolígrafo entre los dedos. De vez en cuando mojaban con la lengua la punta de sus lápices y restregaban con el canto de la mano la superficie del formulario, como para limpiarlo.

—Donde dice *Vornamen* pongan su nombre, esto es, Pedro, Juan, Antonio etc. Escriba cada cual el suyo y no el del vecino.

—Yo me llamo Chano, pero mi nombre es Sebastián.

—Pues escriba usted Sebastián... ¿Ya está? Pues ahora, donde dice *Nachname*, ponga cada cual sus apellidos...

Me quedé gustosamente entre ellos hasta llegar a Colonia, donde nos separamos. Me preguntaban cosas de Alemania y me contaban de su vida en España. Venían llenos de ilusiones y yo procuraba infundirles más ánimo, para que no perdieran nunca la esperanza. Ellos lo agradecían

con silenciosas miradas de afecto y, a veces, con ingenua cortesía.

—¿Y usted hace mucho que falta de España?

—Más de año y medio.

—¿Y no se siente extranjero aquí?

—Tengo pasaporte alemán.

—¡Jolines... pues habla usted muy bien el español!

Reí de buena gana. Mi interlocutor se desconcertó un poco y añadió, como para disculparse:

—Bueno, ahora que usted lo dice parece que sí, que se le nota algo en el acento; pero si no lo llega a decir hubiéramos seguido pensando que era usted español, ¿no es verdad?

Todos asintieron. Intenté explicarles lo injusto y anacrónico de las fronteras políticas hoy, en una época en que las comunicaciones —las posibilidades de acercamiento entre todos los hombres— han alcanzado tan enorme desarrollo. Me escuchaban muy atentos, en riguroso silencio. Les dije que unos papeles, por oficiales que parezcan, no determinan siempre la conciencia nacional del individuo; que cada cual es lo que se siente y que yo me sentía lo que soy: un ente híbrido y de mi tierra.

—¿Y usted de qué sitio de España viene?

—De Canarias.

—¿De las islas Canarias?

—Si señor, de Las Palmas.

—¿De la misma Palma de Mallorca?

¡Y con qué seguridad preguntó esto el villano! Me observaban aguardando una respuesta. Vacilé unos momentos y luego asentí con la cabeza. Me hubiera apenado darles un disgusto. ¿A qué explicarles que Las Palmas de Gran Canaria no tiene nada que ver con Palma de Mallorca? ¿Para qué aclararles la diferente situación geográfica de ambos lugares? ¿No es ya suficientemente trágico que estos hombres se vean obligados a salir de su Patria para ganarse el pan? ¿Han de venir a Alemania a aprender además lo más elemental de la geografía de España?

No. La realidad de estos hombres es tan digna de amor y de comprensión, que el que puedan avergonzarse si se les echa en cara su poco saber me parece digno de considerarse. Ellos no han venido a aprender geografía, sino

a poder seguir viviendo como seres humanos; han salido de su tierra a la desesperada, dejando a sus mujeres e hijos con un nudo en la garganta, con los ojos llenos de lágrimas y un esperanzador interrogante puesto en el futuro. Mientras sigan siendo víctimas de la cuarta pregunta tienen derecho, al menos, a que les sea respetada su ignorancia.

Verdad.

Cuando han pasado dos o tres años en Alemania suelen encontrarse en condiciones de volver a la Patria con unos pocos ahorros, para empezar a producirlos por su cuenta. El camino es duro. Hasta que llegan al punto de poder volver tienen que trabajar mucho. Pero ellos no pierden la esperanza, porque viven observando cómo su ambición se realiza: ahorran. A veces se someten a privaciones voluntarias, para hacer más corto su camino. Y a veces padecen restricciones involuntarias, que les alargan las penas y les hacen echar maldiciones en silencio.

En las cercanías de la estación del distrito hamburgués de Altona un trabajador del sur de España, con aspecto de picador de toros, me contaba un día sus penalidades, sus desilusiones y sus esperanzas:

—No le pido a la vida más que poder vivir sin el agua hasta el cuello, ¿sabe usted? Hemos venido aquí, porque aquí al menos se va tirando. Hay que trabajar mucho, eso sí. Y pa nosotros son siempre los peores trabajos, créame usted: los más duros. Pero no hay más remedio; aquello allá no podía ser. Porque eso de arrimar el hombro al campo de la mañana a la noche, pa que después la mujer de uno esté estirando los cuartos toda la semana pa poder comer malamente... oiga usted: eso es muy triste. Es que llega uno a perder hasta la ilusión de vivir.

—Entonces, ¿piensa usted quedarse aquí para siempre?

—Eso nunca —contestó rotundamente—. Este país y esta gente no se hicieron pa nosotros. El gobierno alemán nos da toda clase de facilidades, desde luego; pero la gente de la calle son otra cosa. Si yo le contara a usted... Mire usted: en la misma fábrica donde yo trabajo, en las épocas

del año en que se produce menos (que, afortunadamente, son pocas) dejan sin trabajo a unos cuantos de nosotros, de los extranjeros. Pa los alemanes siempre hay lugar. Y uno, que ha venido aquí con la ilusión de trabajar como sea pa ahorrar unos cuantos marcos, vive siempre con el temor de que la próxima vez le toque quedarse en la estacada. No nos importa sino ahorrar y luego volvernos a la tierra con lo que reunamos. Yo quiero poner un bar en mi pueblo con lo que lleve, que eso deja dinero, ¿sabe usted? Pero cuándo podré regresar no lo sé todavía. Hay que contar con imprevistos, como la cochinada de Navidad...

La cochinada de Navidad era otra historia que parecía un cuento. Jamás se puede saber qué hay de cierto y qué de exagerado en las quejas de estos hombres: sus miserias suenan demasiado miserables y sus padecimientos demasiado trágicos, sus voluntades parecen muy firmes y sus sueños muy irreales. Son hombres acorralados, que viven viendo el peligro incluso donde no lo hay.

La cochinada de Navidad era una realidad demasiado inhumana. En Navidades les dan dos semanas de vacaciones, para que vayan a España a pasar las fiestas con su familia. El gobierno alemán facilita un servicio muy barato de autobuses rápidos, para que realicen su viaje sin mucho costo. En la fábrica les dijeron que en vez de dos semanas podían estarse tres o cuatro, o cuantas quisieran. Y se insistió en que se llevaran todos sus papeles consigo. Cerca de un mes estuvieron en la Patria, pasando días felices con sus mujeres e hijos. Al regresar descubrieron el engaño: fueron reincorporados a la fábrica como trabajadores *nuevos* y no cobraron ni vacaciones ni paga extraordinaria de Navidad...

—Por ahorrar esos marcos, por hacer más corta nuestra estancia en este país gris y frío, hubiéramos preferido quedarnos las Navidades aquí. Pero ¿cómo íbamos a suponer nosotros...? Si yo le contara a usted...

Él me contaba sus historias en la calle, gritando y gesticulando bruscamente con las manos. Le escuché hasta el final, porque me pareció que se sentía aliviado desahogándose conmigo. Me lo contó todo. Cuando hubo terminado guardó un momento silencio, como avergonzado de

haberme dado tan poca ocasión de hablar. Luego me preguntó:

—¿Y usted dónde trabaja?

—Yo estudio.

—Ah, ha pescado usted una beca...

—No: mi padre financia mis estudios.

Retrocedió un poco y me miró friamente, con luz de desconfianza en los ojos. Fue una mirada relámpago, que se desvaneció en seguida. Luego pareció esforzarse en continuar la conversación en tono afectuoso:

—¿Y qué es lo que estudia?

—Musicología.

Frunció el entrecejo.

—Y eso... ¿qué es?

—Es una extensa rama de la filosofía.

Guardó silencio un momento, como para reflexionar, y al fin me preguntó despacio, bajando socarronamente el tono de su voz segura:

—¿Y pa qué sirve eso...?

No interesa mi respuesta. Lo que importa es la pregunta en boca de quien la hizo y en pleno siglo XX del materialismo y del progreso. ¡Qué triste realismo encierra...!

Mentira

El metro de Hamburgo es limpio y claro. Da gusto viajar en él. Los sillones son cómodos e invitan a reflexionar, a ensimismarse. En ellos he vivido mi más productivos ratos de ocio contemplativo. Muchas veces me ha sucedido volver a la realidad seis o siete estaciones más allá de la mía.

Me dirigía a la universidad completamente ausente del mundo que me rodeaba, como la mayoría de las veces. Una mano, que golpeaba con suave insistencia sobre mi hombro, me devolvió de la abstracción.

—El billete, por favor.

Allí estaba el revisor, *rara avis* con la que el viajero de a diario no se tropieza en el metro hamburgués más que una vez cada seis meses, cuando ya empieza a dudar de su supervivencia. Busqué pacientemente por mis bol-

sillos. ¿Dónde había metido el endemoniado billete? El revisor esperaba seriamente, siguiendo mis movimientos de búsqueda con los ojos azules bien abiertos. De pronto estalló frente a mí un comentario en voz alta:

—Jeh, estos *Gastarbeiter*...

Era una gruesa y sonrosada señora, tocada con un sombrero que se me antojó horroroso. Me miraba con ojos acusadores, con una contracción en los labios que más tenía de mueca despectiva que de sonrisa... Confieso que me turbé un poco; pero continué buscando por los rincones de mi vestido. El billete apareció, al fin, en el último bolsillo. El revisor lo tomó, lo examinó, hizo en él una contraseña con su lápiz rojo y me lo devolvió con una amable inclinación de cabeza.

Clavé una mirada motrileasca —seria, profunda y descarada— en el rostro de mi opulenta vecina. Esforcé mi gesto cuanto pude, hasta notar que se desconcertaba. Entonces le lancé estas palabras con voz fuerte, para ser oído de todos:

-- ¡Sí, señora: *Gastarbeiter!* ¿Y qué?

Ella eludió encontrarse de nuevo con mis ojos. Se la veía afectada. No sé si era vergüenza de sí misma, por su impertinente intervención, o si era el miedo al hombre del sur, que no razona cuando discute, sino que saca de pronto una descomunal faca de su cinturón... Se levantó de su asiento y se dirigió hacia la puerta de salida. En la próxima estación abandonó el vagón.

En torno a mí se creó un ambiente de desagrado. Pero me sentí orgulloso. Me sentí tremendamente digno, a pesar de los rostros impenetrables que me acompañaron hasta el final del trayecto, a pesar de los ojos huidizos que procuraban ignorar la presencia de mi pelo oscuro y de mi cara morena.

¡Morena, sí: de sangre... de playa...!

LOTHAR SIEMENS HERNÁNDEZ

Hamburgo, 23 de marzo de 1965